



# RAMON PIÑEIRO:

## "La representación de Galicia en la Xunta resulta polémica"

JOSE MONLEON

**E**N TRE quienes con más amor, frecuencia y conocimiento del tema han escrito sobre Galicia en las últimas décadas, se encuentra Ramón Piñeiro. En un libro, titulado "Oulladas no futuro", recogió una serie de artículos — fechados entre el 49 y el 73— que expresaban, a través de las exploraciones literarias más diversas, la verdad de esa realidad cultural, vivencial, específicamente gallega, a cuya afirmación ha dedicado Piñeiro los más generosos esfuerzos, la más paciente constancia.

Constituida la Asamblea de Parlamentarios y llegado el momento de nombrar la Xunta, algunos pensaron que era necesario incluir personas que pudieran ensanchar su representatividad. Una de ellas fue este Ramón Piñeiro, afable, suave, con quien callejeo por la húmeda Santiago la misma noche en que la radio y la televisión acababan de lanzar sobre Galicia —en el sexto aniversario de la muerte de Amador Rey y Daniel Niebla, caídos en la avenida Das Pías, de El Ferrol, "cando defendían os intereses da cras traballadora"— la declaración de preautonomía.

—¿Cuál sería tu primera reacción ante el Decreto?

—En la situación actual es lo más que se puede conseguir. Así que me parece un paso importante. Mientras no se apruebe la Constitución, lo más que puede lograrse es el reconocimiento por parte del Estado de la personalidad política de Galicia.

—¿Qué piensas de la composición de la Xunta, cuyo papel habrá de ser importante en todo el posterior proceso autonómico?

—El reconocimiento de la preautonomía es algo generalmente deseado y aceptado. Pero la representación de Galicia en la Xunta resulta polémica. Detrás de eso están las elecciones del 15 de junio. Yo creo que el problema está en que durante la etapa franquista la actividad concienciadora fue, sobre todo, de carácter cultural.

—¿Cómo aparece la política en ese trabajo cultural?

—En los años cuarenta, la labor fue clandestina, en contacto con las fuerzas de otras nacionalidades peninsulares, por-

que confiábamos en que la victoria de los aliados devolvería a España la democracia. Al ver que no era así, en el año cincuenta iniciamos ya una actividad pública, paralela a otra clandestina, muy limitada y sin eficacia inmediata. La presión del régimen a través de la educación y la información estaba esgalleguizando intensa y activamente la conciencia de nuestro pueblo. Ello hacía dramáticamente urgente el conectar con las nuevas generaciones, para ir reconstruyendo la personalidad colectiva de Galicia. Había que hacerlo por la vía cultural, que era la única posible, y aun ello con muchas restricciones, que evolucionaron de acuerdo con el proceso del régimen. En los cincuenta se trabajó, sobre todo, en el medio universitario, planteándonos una galleguización sin adscripción ideológica. Luego, la misma evolución de la Universidad, su politización, alteró los presupuestos. De manera que, en los años sesenta, se mantenía una galleguización democrática, dejando abiertos los distintos caminos ideológicos, a la vez que aparecían una serie de posiciones políticas definidas. Llegaron a la Universidad española las corrientes marxistas, que luego se diversificaron, las corrientes cristianas progresistas, que aquí se desarrollaron a la vez que el galleguismo. Corrientes afinadas en núcleos universitarios o procedentes de la Universidad, que realizaron en los años sesenta una gran actividad. Sin embargo, contemplados dentro de la sociedad gallega, su ámbito, juvenil y universitario, era reducido. Tengamos en cuenta que dos tercios de la población gallega es todavía campesina. No es una fuerza compacta, como la que forman los obreros, sino una fuerza dispersa por aldeas y parroquias. Eran gentes que, por lo general, rechazaban el franquismo, pero que carecían de cualquier ideología concreta que oponer. En esa situación se produjo la muerte de Franco. ¿Qué ocurrió? Pues que la lucha de los núcleos urbanizados y radicales contra el franquismo tenía un carácter ideológico, centrada en el debate doctrinal, lo cual la alejaba aún más del nivel común. En esta situación pasamos, en brevísimo tiempo, del funeral de Franco a las urnas. Ocurrió entonces que la opinión no tuvo tiempo de asimilar ninguna orientación ideológica clara. Escépticos y temerosos, el recuerdo de la guerra civil aumentaba el miedo a lo que pudiera ocurrir —y A. P. hizo cuanto pudo para acentuar ese temor—, lo que explicaría ese retraimiento y desconfianza que condujeron a

la abstención del 40 por 100. El triunfo del Centro no se debió a su programa —que muchos de sus electores siguen sin conocer— sino a que era el Gobierno. Se planteaban una serie de cambios democráticos, ante los cuales la continuidad del Gobierno parecía la fórmula menos arriesgada, la más prudente. Pero, además, frente a la concentración de la derecha en A. P. y del centro en UCD, la izquierda presentó siete candidaturas distintas. La gente de los pueblos se desconcertaba ante el hecho de que los representantes del PSOE, del PSP y del PSC dijeran aproximadamente lo mismo. Además sus candidatos eran personas jóvenes, que los aldeanos no conocían, y que una vez hecho el mitin volvían a marcharse. En cambio, los candidatos de UCD eran gentes arraigadas en el lugar, el médico, el secretario, el maestro o el cura, tomados por gentes de respeto, a los que cabía pedir una serie de cosas. Por eso se impuso el Centro.

—¿Significa eso que el galleguismo, tan dura y largamente impulsado, no está adecuadamente representado en la Asamblea?

—Eso es evidente. Ese galleguismo, por no estar integrado a ninguna fuerza política, no aparece representado en el resultado de las elecciones del 15 de junio. Y por tanto ni en la Asamblea de Parlamentarios ni en la Xunta. Eso es lo que hace polémica la representatividad de esta última. Polémica que incluso se dio dentro de la Asamblea de Parlamentarios y de UCD. Por tener conciencia de lo que digo y porque querían que la Xunta tuviera plena representatividad, hubo dentro de UCD y de la Asamblea una corriente partidaria de abrir la Xunta a los no parlamentarios. La corriente se dividió entre quienes querían incorporar a los partidos sin representación parlamentaria y quienes preferían incorporar a personalidades que, pese a no ser parlamentarias, tenían representatividad en el país. De esta lucha entre los dos sectores "aperturistas" salió ganando el grupo que no quería abrir la Xunta.

—¿Cómo deberíamos juzgar el conflicto entre la izquierda galleguista y aquellos partidos que corresponden a otros de ámbito español?

—Yo no tengo mentalidad nacionalista a la hora de considerar ese problema. Soy federalista. Frente al franquismo, uno era separatista, ETA, o lo que fuese. Ahora bien, en un ámbito con libertad para expresarse, para discutir los problemas y para organizarse, hay que considerar una serie de hechos fundamentales. Y es que la penin-

sula Ibérica es una realidad, situada en una determinada zona del planeta, una realidad innegable, de la cual formamos parte. Somos una parte peculiar, original, distinta, pero estamos ahí, en ese ámbito, vinculados a España y a Portugal. Hoy es imposible plantear el problema de reivindicación nacionalista en términos absolutos. Eso parte de una creencia en la soberanía. Si uno pide autodeterminación para Galicia o Cataluña quiere decir que reivindica la soberanía absoluta. Creo que, a estas alturas, y en esta zona del mundo, el concepto de soberanía no tiene vigencia no sólo a escala gallega, catalana o vasca, sino a escala española. Los estados nacionales soberanos pertenecen al XIX. Hoy existe una fuerte interdependencia y a la misma Europa le es difícil ser soberana. Plantearse, pues, la soberanía, es utópico, ideológico, teórico, pero políticamente no es posible, porque la realidad no lo permite. El problema debe plantearse a escala peninsular; debemos establecer una situación democrática en España, sin que sea posible hacerlo parceladamente. Nosotros tenemos una esfera de realidad intragallega, con problemas y realidades que son exclusivamente nuestros; esa es una dimensión que nos pertenece y en la que, por tanto, sólo nosotros tenemos que decidir; ahora bien, existe otra zona de realidades y problemas que son comunes a los demás españoles.

—¿Servirían unas elecciones municipales para hacer más patente la presencia de esa Galicia ahora insuficientemente representada en el Parlamento?

—No lo sé. Para ello debería estar lo bastante organizado el partido que recogiera a esa Galicia. Los partidos galleguistas, nacionalistas, pertenecen a la izquierda, incluso a la más radical. Ahora bien, el 90 por ciento del campesinado gallego es dueño de pequeñas tierras, siendo esclavos de las mismas y del mecanismo que los explota. No son proletarios, sino que tienen, en principio, como todos los campesinos pequeños propietarios del mundo, una mentalidad conservadora. Naturalmente, pueden cambiar, pero un proceso así no es fácil ni se improvisa.

Falta la fuerza que realmente recoja la mentalidad de esa mayoría campesina, que es democrática y galleguista, que podría incluso avanzar hacia una forma no extremosa de la izquierda, si pudiera integrarse y organizarse en un partido. Como eso no está hecho, el vacío lo llena de momento el Centro, aprovechándose del aparato de la Administración, presente en toda la sociedad gallega. ■